

EL EDIFICIO DE LA SECRETARIA DE GOBERNACION

Plática de Salvador Novo

LA SECRETARIA DE GOBERNACION

351
N456e

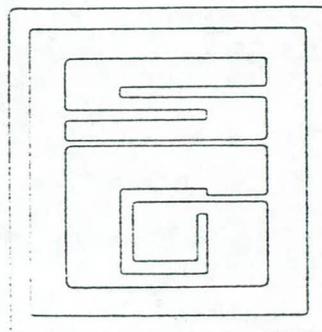


351

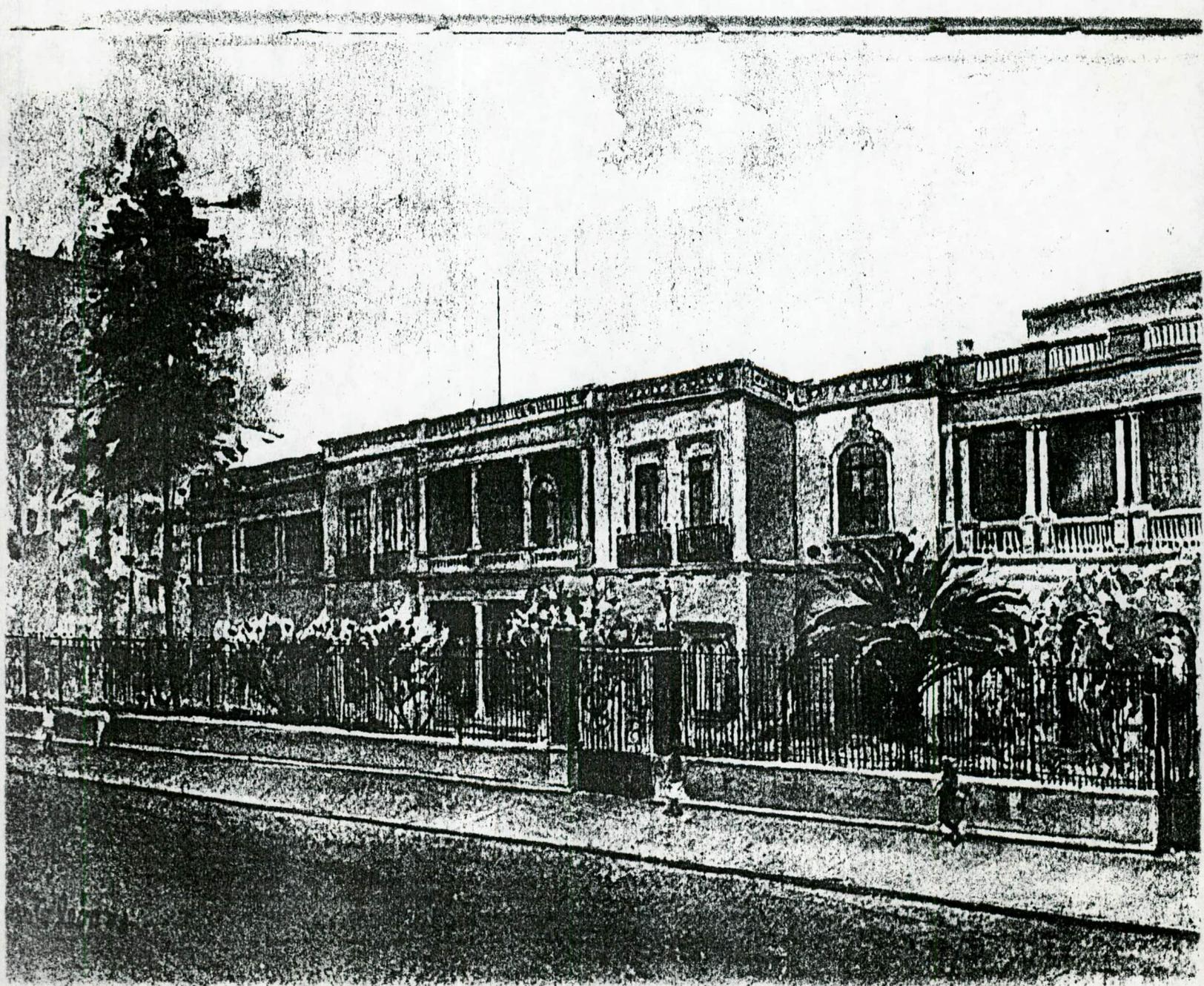
N 4560

CLASIF. _____
ADQUIS. 4068
FECHA. II-1974
PROCED. _____
VALOR \$ _____

*El Edificio de la
Secretaría de Gobernación*



Plática de Salvador Novo



Secretaría, su construcción, los traslados de dominio de la entonces suntuosa mansión, hasta su adquisición por el Gobierno Federal para destinar el inmueble al servicio público; todo ello salpicado de ingeniosas anécdotas.

La conferencia del calificado intelectual es de tal calidad, que la Secretaría de Gobernación ha querido imprimir este volumen para conservar memoria de ella y a la vez testimoniar sus empeños en la elevación cultural y social de sus servidores.

México D. F., diciembre de 1973.

Señor Secretario de Gobernación:

Señores funcionarios de la Secretaría de Gobernación, señoras y señores:

Al decir de algunos historiadores, la isla primitiva, sobre la cual fue fundada la ciudad de Tenochtitlan, tuvo una dimensión aproximada de 750 hectáreas, cuyos aproximados límites, situaríamos hoy, por el Norte, a la calle de Platino; por el Oriente, a la Avenida del Trabajo y a la Calzada de Francisco Morazán; al Sur, a la calle de Boturini y al Oeste, a la Avenida Cuauhtémoc, después Bucareli y Héroe hasta llegar a Nonoalco, con una penetración por el lado Norte que formaba una lagunilla, en el sitio conocido aún por ese nombre.

Consumada la conquista en 1521, Hernán Cortés procedió a edificar la ciudad de México, comisionando para hacer la traza de la nueva ciudad al soldado Alonso García Bravo, quien conservando las calzadas que unían a Tenochtitlan con tierra firme, procedió, formando dos ejes, uno Oriente-Poniente y otro Norte-Sur, con el punto de referencia básico de una Plaza Mayor.

La historia de la ciudad de México está en sus calles, tanto como en sus hombres y en su pueblo.

Todo ser vivo, y la ciudad de México lo es, dispone para su funcionamiento de un sistema circulatorio, sin el cual es imposible la vida, por ese sistema discurre la sangre de los mexicanos llevándola a este corazón que es el Zócalo, para

PROLOGO

La semana laboral de cinco días establecida en favor de los trabajadores del Estado por el Presidente Luis Echeverría, al través del decreto de 27 de diciembre de 1972, publicado en el Diario Oficial de 28 del mismo mes, ha dado la oportunidad para que la Secretaría de Gobernación organice y desarrolle una serie de actos que contribuyen al mejor aprovechamiento, por parte de sus servidores, del descanso sabatino, acompañados de sus familiares, brindándoles la oportunidad de distraerse y superarse culturalmente, al propio tiempo que se propicia la unidad de la familia; a esta tónica responden las jornadas que se denominan "Sábados Culturales", actividades instituidas por disposición del licenciado Mario Moya Palencia, Titular del Ramo, en acatamiento a la letra y motivaciones del decreto presidencial mencionado. Entre esos actos se encuentra la conferencia dictada por el Cronista de la Ciudad, maestro Salvador Novo, el sábado 16 de junio del presente año, sobre la historia del edificio que ocupan las oficinas principales de la Secretaría de Gobernación; sus palabras resultaron no sólo de una gran erudición sino apasionadas y atrayentes, habiendo mantenido a las personas que se reunieron en el "Salón Juárez", para escucharlo, vivamente interesadas en el relato; su exposición arranca desde la gran Tenochtitlan y continúa con la ciudad colonial de México, su crecimiento, la fundación del Paseo de Bucareli, los lugares aledaños al edificio en que hoy se encuentra instalada la

por Moneda y Soledad hacia el Oriente y por Madero y 5 de Mayo (abierto posteriormente) hacia el lado Poniente, aunque con cierta discontinuidad causada por la pre-existencia de edificios y propiedades, las dimensiones de las manzanas quedaron sensiblemente iguales.

Así pues, de la vieja ciudad, de la Gran Tenochtitlan, quedó el centro ceremonial convertido en la Gran Plaza Mayor, aun cuando la ubicación no sea exactamente la misma, sino un poco corrida hacia el Sur, porque si fuera tan geométrica, tan perfecta como había sido la Plaza de Tenochtitlan, entonces las cuatro calzadas que crucificaban a la Gran Tenochtitlan, convergirían en igual proporción en la Plaza Mayor nuestra y no es así, sino que la Gran Calzada de Tlacopan o Tacuba, que venía a dar al centro ceremonial, para prolongarse en la pequeña calzada que de Poniente a Oriente conducía al embarcadero de Texcoco, no tiene ahora esa relación con la Plaza Mayor, como no la tiene tampoco la Calzada de Iztapalapa que corría, como corre ahora su sustituto Pino Suárez, San Antonio Abad y la prolongación de la Vía Rápida de Tlalpan, de Norte a Sur, o la del Tepeyac sustituida por Peralvillo y por todo este ramal que también partía del centro de la plaza ceremonial.

Pero en fin, bástenos recordar, para el objeto de perseguir el crecimiento de las vías virreinales, que la calzada de Tlacopan o Tacuba fue la primera y única que subsistió durante el virreinato, cegándose los puentes que la partían durante la era azteca, como la única vía de salida en el caso de la emergencia de que hubiese una insurrección de los indios, si acaso los españoles tuvieran que repetir el penoso episodio que conocemos como "la noche triste", que fue la carrera desenfrenada por esta precisa calzada de Tlacopan hasta más allá del árbol llamado de la Noche Triste.

Era la única salida, cuando los españoles se encerraron en una virtual muralla, condicionada al recorrido que las acequias venían haciendo desde tiempo inmemorial, pero de todas ma-

oxigenarse de la vitalidad necesaria para seguir adelante, desarrollar y crecer sin límite como ciudad y como capital de nuestro país.

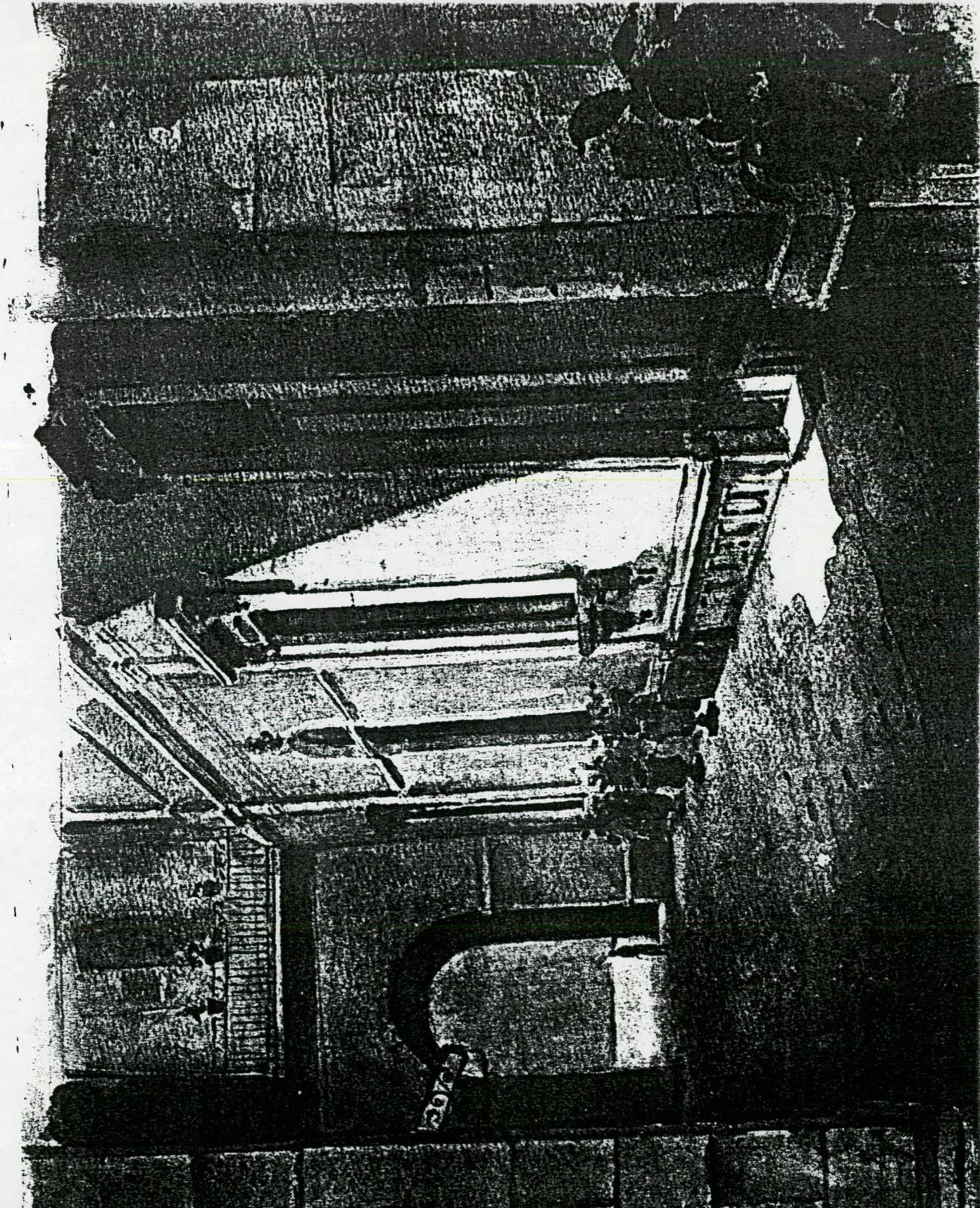
Del nacimiento de este sistema circulatorio vamos a hablar, haciendo referencia de ciertas calles de México, de algunas arterias principales, pero sobre todo del rumbo en que se encuentra ubicada la Secretaría de Gobernación, del Paseo de Bucareli.

Voy a invitarles, señoras y señores, a recordar la configuración, ya no de la primitiva Tenochtitlan, pero sí de la ciudad sobrepuesta a la gran Tenochtitlan por sus conquistadores, por los españoles.

Considerando que las Casas Nuevas de Moctezuma II (hoy Palacio Nacional) y las llamadas Casas Viejas (hoy Monte de Piedad), eran intocables, se limitó la traza al Poniente por una acequia correspondiente a San Juan de Letrán, dividiéndose después en dos partes el espacio que quedaba entre la parte trasera (hoy Isabel la Católica) de las Casas de Cortés (Palacio de Moctezuma el Viejo, hoy Monte de Piedad) y dicha acequia, formando así la actual calle de Bolívar; al Oriente, las Casas Viejas de Moctezuma dieron el módulo que, repetido, llegó hasta Jesús María. Otra acequia que corría a media distancia más hacia el Oriente y que era desembarcadero de pequeñas canoas, fue el límite de la ciudad por ese lado (hoy calle de Roldán).

Otra acequia inclinada determinó el límite por el Norte (calle de Perú). La distancia que quedó entre las calles de Tacuba y Perú, se dividió en seis manzanas, formándose así las actuales calles de Donceles, Cuba, Belisario Domínguez, Colombia y Bolivia. Por el Sur, la ciudad se limitó repitiéndose la distancia que había desde la calle de Tacuba hasta Perú, midiéndola a partir de la acequia que pasaba por el Sur de la Plaza Mayor (16 de Septiembre), distancia que vino a dar más o menos a la altura de la hoy calle de Izazaga, quedando a su vez formada de 6 manzanas.

La parte central, entre las dos divisiones, Norte y Sur, de 6 manzanas cada una, dió cabida a tres manzanas limitadas



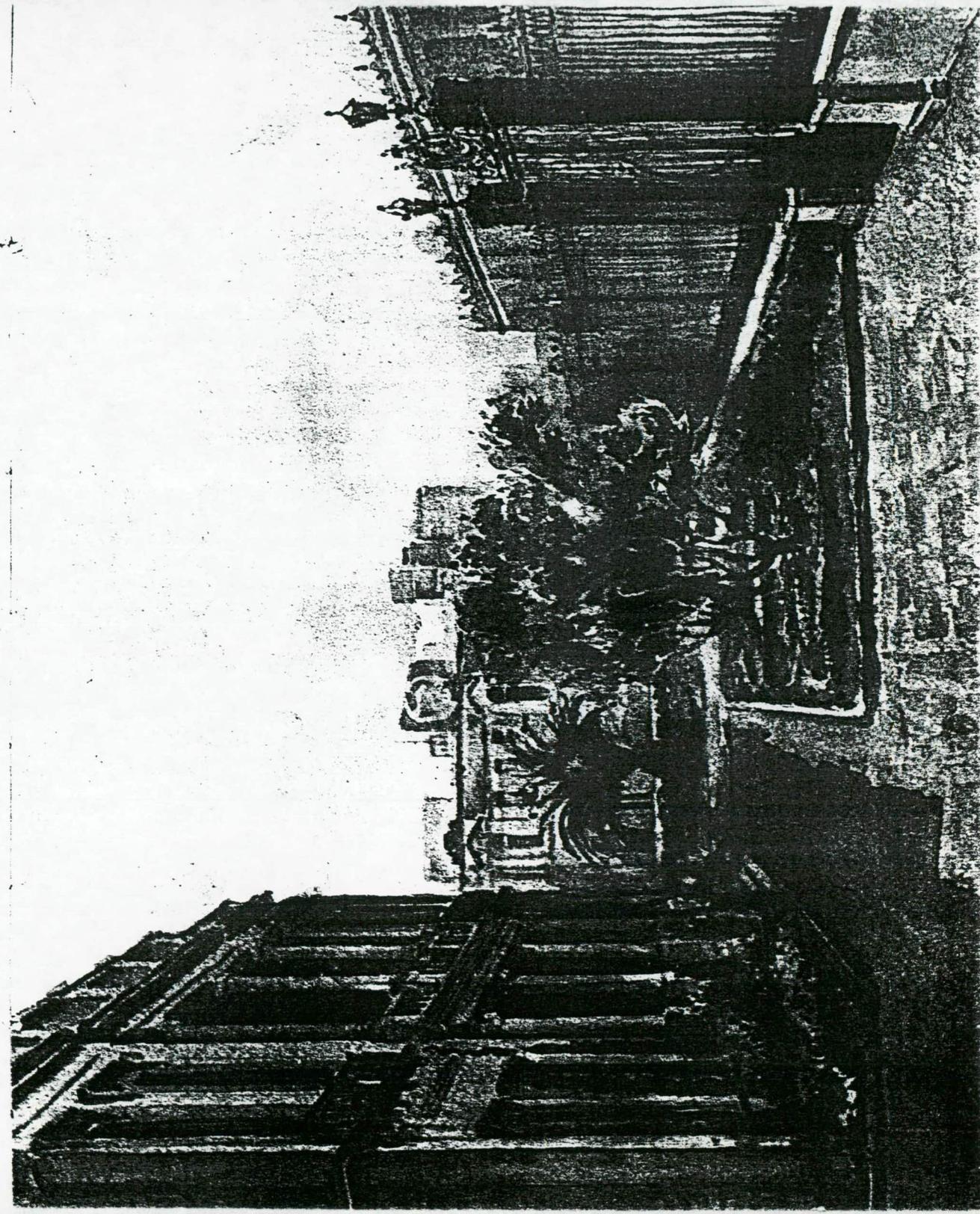
pueden despedir, lo aprovechan unos cuantos turistas que se van a retratar por ahí.

La Alameda pues, fue el primer paseo, un paseo de unos orígenes muy difíciles, la gente venía poco, tuvo que ser bardado y puesto al cuidado de celadores para que en la noche no se fueran a esconder por ahí asaltantes o ladrones; para mantenerlo limpio, para todo lo relativo a su preservación, la Alameda fue objeto de especiales cuidados a lo largo del virreinato.

Naturalmente que una ciudad lacustre como la nuestra estuvo por esa misma circunstancia expuesta a inundaciones, a este respecto, es notable mencionar que por las inundaciones de 1446 ó 1449 fue necesario construir el llamado "albarra-dón" de Nezahualcoyotl que, con extensión de 16 kilómetros fue construido por el lado Oriental. Otra inundación ocurrió en 1499 durante el reinado de Ahuizotl y una más en 1517 bajo el reinado de Moctezuma II.

Durante la Colonia en 1627 tuvo lugar otra inundación, misma que se repitió entre el 21 y 22 de septiembre de 1629 y que es conocida por el "aguacero de San Mateo". Visto está que aún en nuestros tiempos, no podemos librarnos del peligro de las inundaciones, pese a los grandes esfuerzos por lograrlo.

Reconsiderando el hilván de nuestra plática, bueno es mencionar que los especiales cuidados que el virreinato le prodigó a la Alameda, permitió crecer a este paseo, extendiéndose después en el sentido Oriente y en el sentido Poniente y como estaba rodeado, como lo estaba también la misma ciudad, de conventos, si reconstruyéramos su configuración nos daríamos cuenta de que al Oriente tenía el convento de San Francisco; y en donde se encuentra el Palacio de Bellas Artes, tenía las monjas de Santa Isabel; al lado Norte, otras iglesias como las de Santa Veracruz, San Juan de Dios; y al lado de lo que hoy es la Avenida Juárez, se encontraba limitada la Alameda con el convento para indias de Corpus Christi; al Poniente se limitaba con el convento de San Diego; este convento, tan grande como todos los que podían construir



neras era una ciudad no indígena, sino española en la construcción de sus casas, en su disposición y en el uso que se le iba a dar.

El primer virrey, don Antonio de Mendoza, comprendió que no era muy prudente depender de una sola vía de escape, sino que era conveniente disponer de otra, por ello al virrey Mendoza se le ocurrió que la vía de escape posible convendría que fuese paralela a Tlacopan, a la calzada de Tacuba, haciéndola partir del convento de San Francisco, primera gran construcción masiva, religiosa, que terminaba realmente la ciudad española en lo que hoy tenemos por calle de San Juan de Letrán, esquina con Madero, pensó pues que tendrían una buena y útil calzada, una comunicación segura con la tierra firme, porque no debemos olvidar que ya después de San Juan de Letrán, no era tierra firme; no era tampoco lago, pero sí eran lodazales, charcos, ciénegas inhabitables, excepto para los pobres indios que habían sido relegados a vivir en estos barrios.

Porque debemos recordar que hacia los cuatro ángulos de la traza que limitaba la nueva población española, quedaron ubicados cuatros barrios o "calpullis" destinados, como ya indicamos, para habitación de los indígenas, cada uno con su templo y plaza y designándose en forma mixta con vocablos nahoas y castellanos como sigue: San Sebastián Atzacolco, San Pablo-Zoquiapan, San Juan-Moyotlán, Santa María Cuepopan (la Redonda).

Rápidamente con trazos bastante regulares creció la ciudad en la parte de los indios, se formaron así en orden cronológico los siguientes barrios: Santa María la Redonda y Santiago Tlatelolco en 1524; Hospital Real en 1553; San Juan de Letrán en 1557; Mascarones en 1562; San Hipólito en 1566; Jesús María y la Santísima en 1568; San Lázaro en 1572; San Pablo en 1575; San Cosme en 1581; San Jerónimo y San Sebastián en 1585; Montserrat en 1590 y San Diego en 1593. Esta área urbana se mantuvo más o menos hasta fines de la Colonia, llegaba hasta las actuales calles de Mosqueta, Anillo de Cir-

cunvalación, Chimalpopoca y Bucareli con prolongación por la Ribera de San Cosme hasta la Tlaxpana sobre la calzada de Tacuba.

A don Antonio de Mendoza siguió, como todos sabemos, don Luis de Velasco y el II de este nombre pensó en dotar a la ciudad de México de un paseo, de un sitio fresco, ameno, agradable, de reunión al que pudieran ir las familias de los españoles, porque ocurría que tampoco tenían en sus casas jardines; los mexicanos, los aztecas sí tenían jardines y calles de agua, calles de tierra y chinampas y eran muy afectos por lo tanto a la floricultura y a la agricultura, pero los españoles al construir su ciudad, sus casas, sus habitaciones, lo hicieron llenos de temor, del temor —la conciencia— de ser atacados en cualquier momento. Entonces las casas las construyeron hombro con hombro, sin dejar huecos en medio, con ventanas muy pequeñas, con almenas arriba para defenderse de un ataque eventual de los indios y en fin, sin sitios internos de recreo, sin jardines interiores, sin nada más de lo que satisficiera sus necesidades cotidianas de habitación.

Entonces sí era necesario un jardín amplio, a mano más o menos de la ciudad, y don Luis de Velasco, el segundo virrey de ese nombre, que gobernase de 1590 a 1591, discurrió la construcción de la Alameda, ubicándola más allá del "tianguis" de Juan Velázquez, entre la ermita de San Hipólito y el convento grande de San Francisco, pero más allá del puente de San Francisco, que nos conecta con la calzada de que vengo hablando.

La Alameda tiene una larga historia, en que no nos podemos detener sin dedicarle todo el tiempo que merece; ahora mismo, está siendo objeto de una remodelación muy plausible por cierto, porque ya había degenerado en otra cosa que un gran jardín y porque ya sus árboles estaban —la mayor parte— en decadencia absoluta, no habían sido replantados a tiempo, además, como a los seres humanos, también a ellos les afecta el *smog* y tampoco están muy limpios los aires que respiran los árboles de la Alameda; el poco oxígeno que ellos

bellísimos, típicos de estas tierras: el recinto de Iztapalapa y Chimalhuacan, la cantera de los cerros cercanos a la Villa de Guadalupe y en forma preponderante y característica el tezontle que procede del cerro del Peñón Viejo, utilizado como material de mampostería y de chapeo en sus dos colores básicos, negro y rojo oscuro; hicieron su aparición las majestuosas e imponentes portadas ornamentadas con su complemento indispensable, las puertas, ya entablonadas con clavos de fierro o con clavos chapeados de bronce.

Surgen las casas en sus plantas, en principio sin jardines como ya lo mencionamos, pero posteriormente con un elemento distributivo constante: el patio. Las casas de los nobles se distinguían por torrecillas levantadas a los extremos de la edificación. El edificio público, de carácter civil, era rematado por almenas. La casa común se ornamentaba con estampas, nichos, hornacinas y mascarones hacia el exterior; en el interior con estampas, placas, nichos o invocaciones y monogramas en las arquivoltas.

Templos como el del Colegio de Niñas, Santo Domingo, San Fernando, Santa Catarina, Loreto, Jesús María, La Profesa y Santa Teresa la Antigua entre otros, dan prestigio a nuestra arquitectura colonial.

Así durante los siglos XVI, XVII y XVIII tiene lugar el mayor florecimiento de nuestra arquitectura, que así orna a nuestra ciudad capital.

La arquitectura neo-clásica, como dato interesante, va a ser trasplantada a fines del siglo XVII culminando en las magníficas obras de Manuel Tolsá (el Palacio de Minería).

El desarrollo de todo este complejo, como ya se mencionó, tuvo su centro vital en el zócalo de esta ciudad, creciendo de conformidad con las disposiciones urbanístico-arquitectónicas previstas en la cédula de Felipe II; a partir de la Plaza Principal de la ciudad se sucedieron los barrios con sus respectivas plazas, templos, etc., guardando entre ellas una igual o semejante proporción; así por ejemplo, la plaza de Aquiles Serdán o Villamil tiene a su espalda la del 2 de Abril o Juan Carbo-

nero; San Lorenzo es seguido a media cuadra por el jardín de la Concepción, que está unido a pocos pasos, con la plaza de Garibaldi; lo mismo sucedió con las plazas de Santa María la Redonda, la de Comonfort, Santo Domingo, la Encarnación y la de San Pedro y San Pablo.

Pero siempre fue preocupación de quienes gobernaban, destinar en las afueras, calzadas dedicadas a paseo, tales fueron la Alameda, el Paseo de la Viga, el Paseo Nuevo de Bucareli, y el Paseo de las Cadenas.

En 1863, estaban todavía aquí los franceses. Unos años después, el Regidor de Paseos don Ignacio Cumplido, les reprocha, se reprocha a sí mismo, puesto que él era Regidor de Paseos y miembro del Ayuntamiento, que no hagamos lo que hasta los invasores hicieron; los franceses, a sabiendas de que no los queríamos, que iban a estar aquí poco tiempo, de que no los íbamos a tolerar, pusieron a su ejército a acarrear cascajo de las demoliciones de los conventos que entonces habían sido muy numerosas, a partir de 1856, cuando Comonfort hace derribar el convento de San Francisco y abrir las calles de 16 de Septiembre y Gante, los franceses en sus arzones, traen cascajo para rellenar los baches que hay en torno de la Alameda. Y si esto hicieron los invasores —dice don Ignacio Cumplido— ¿por qué nosotros no lo hacemos? ya acabó la guerra, ya triunfó Juárez, ya echamos a los invasores, ¿qué está haciendo el ejército? que no estén de flojos, que vengan a cuidar los paseos.

Se refería principalmente al proyecto que él presentó para el arbolado de otro paseo que a nosotros nos ha tocado ya disfrutar, el Paseo de la Reforma.

Pero en fin, resumiendo, como primer paseo tenemos la Alameda empezada a cultivar en 1591, pleno siglo XVI.

Tenemos después establecido otro paseo, el de la Viga; éste se hacía sobre todo en canoas, por el canal de la Viga, que traía mercaderías, legumbres principalmente, desde Xochimilco, Iztapalapa, todo ese rumbo, hasta el centro mismo de la ciudad, a lo largo de las canoas que venían a desembar-

los religiosos, los franciscanos lo hicieron inmenso, tan inmenso que lo podríamos visualizar hoy desde la calle de Bolívar hasta San Juan de Letrán y desde Madero hasta Venustiano Carranza; las concepcionistas le hicieron pareja de Donceles a Belisario Domínguez y Aquiles Serdán, con su notable convento. Estos grandes conventos pues, rodeaban a la Alameda y un hecho curioso, el convento de San Diego, tenía frente a sí (a la altura del actual edificio de Salinas y Rocha), el “quemadero de la Inquisición”.

“Era muy bonito espectáculo, sin duda, el que se disfrutaba” cuando de Santo Domingo, del convento de Santo Domingo, de la Inquisición que podríamos decir y que fue después Escuela de Medicina y hoy es asiento de las sociedades médicas más eminentes, salían los condenados a ser rostizados por la Santa Iglesia en procesión pintoresca por las calles de Santo Domingo, por Tlacopan o San Francisco y llegaban a ser quemados en la Alameda frente a San Diego.

De este espectáculo “disfrutó” el pueblo de la Ciudad de México, hasta el siglo xviii, porque posteriormente hubo un virrey muy enérgico, el marqués de Croix, que quitó de ahí el quemadero de la Inquisición; tal vez pensó, que con uno era suficiente, —ya que había otro en San Lázaro—; de manera que le parecieron muchos dos quemaderos y suprimió el de la Alameda dejando en funciones solamente el de San Lázaro. Esta fue una mejora importante, que en el siglo xviii, sufrió la Alameda y tenemos que aguardar hasta la centuria xix, para que Carlota, la emperatriz, se ocupara de la Alameda, como se ocupó también de herosear el bosque de Chapultepec, lugar que habitaron ella y Maximiliano y que sembraron de rosas; también plantaron pasto por primera vez en la Alameda.

Con este relato no es difícil imaginarse como se levanta la nueva ciudad, la manera como se lleva a cabo su construcción, empiezan a levantarse palacios, templos, edificios públicos, casas y conventos, en todo un florilegio de arquitectura civil y religiosa, que va a utilizar en su erección materiales

casa, que era un investigador muy acucioso pero también un poco farragoso, —entre toda la paja, uno se encuentra diamantes—; Manuel Rivera Cambas y don Manuel Orozco y Berra.

He tomado apuntes de unos y de otros y vamos a ver que coinciden en mucho pero discrepan en algunas cosas, sobre todo en fechas.

El Paseo Nuevo se inauguró, según Manuel Rivera Cambas, autor del *México Artístico, Monumental y Pintoresco*, el 4 de noviembre de 1778; otro autor sostiene que no fue el 4 sino el 9 o el 10; en lo que coinciden es en afirmar que tenía tres carriles, con cuatro hileras de árboles, dos carriles laterales para peatones y uno central para coches y jinetes.

José María Marroqui nos dice: que el Paseo de Bucareli comprendió del ejido de la Acordada a la Garita de Belén; esto quiere decir que toda esa parte no estaba poblada, sino que eran sembradíos. La prolongación de la Avenida Juárez, se llamó hasta hace algún tiempo calle del Ejido, y creo que ahí está aún la Dirección de Cinematografía.

De modo que la Acordada era ejido según Marroqui, o sea que ahí se abastecía la ciudad de trigo, de maíz y de otros productos agrícolas; la Acordada fue una cárcel que estuvo en la esquina de Balderas y Avenida Juárez, ahí estuvo el siniestro y horrible edificio que fue demolido. No quedó piedra sobre piedra de éste.

El arranque del Paseo de Bucareli que tuviera en sus inicios una extensión aproximada de 1,181 varas, sabemos que lo es hoy la estatua de Carlos IV, pero dicha obra escultórica del insigne Manuel Tolsá no estuvo siempre ahí, sino que fue trasladada a ese lugar en el año de 1852.

Al principio, dice Marroqui, el paseo tuvo una sola fuente con una pirámide al centro de 16 varas de alta con el escudo de la ciudad; el virrey Bernardo de Gálvez, enriqueció la fuente con 16 postes con cadena, unos postecitos que le puso a la fuente y a la entrada y salida del paseo puso 6 columnas aisladas de 2 varas de alto por media de diámetro, de

car en Roldán, de lo cual hay muy hermosas litografías de Casimiro Castro y de otros, ya que dejó de pasar frente a las oficinas del Departamento del Distrito Federal, y allí llegaban a descargar flores y legumbres las canoas que venían desde allá. Esto, que era la Viga, se convirtió pronto en un hermoso y concurrido paseo, sobre todo, en ciertas fiestas religiosas. El Paseo de la Viga era muy popular.

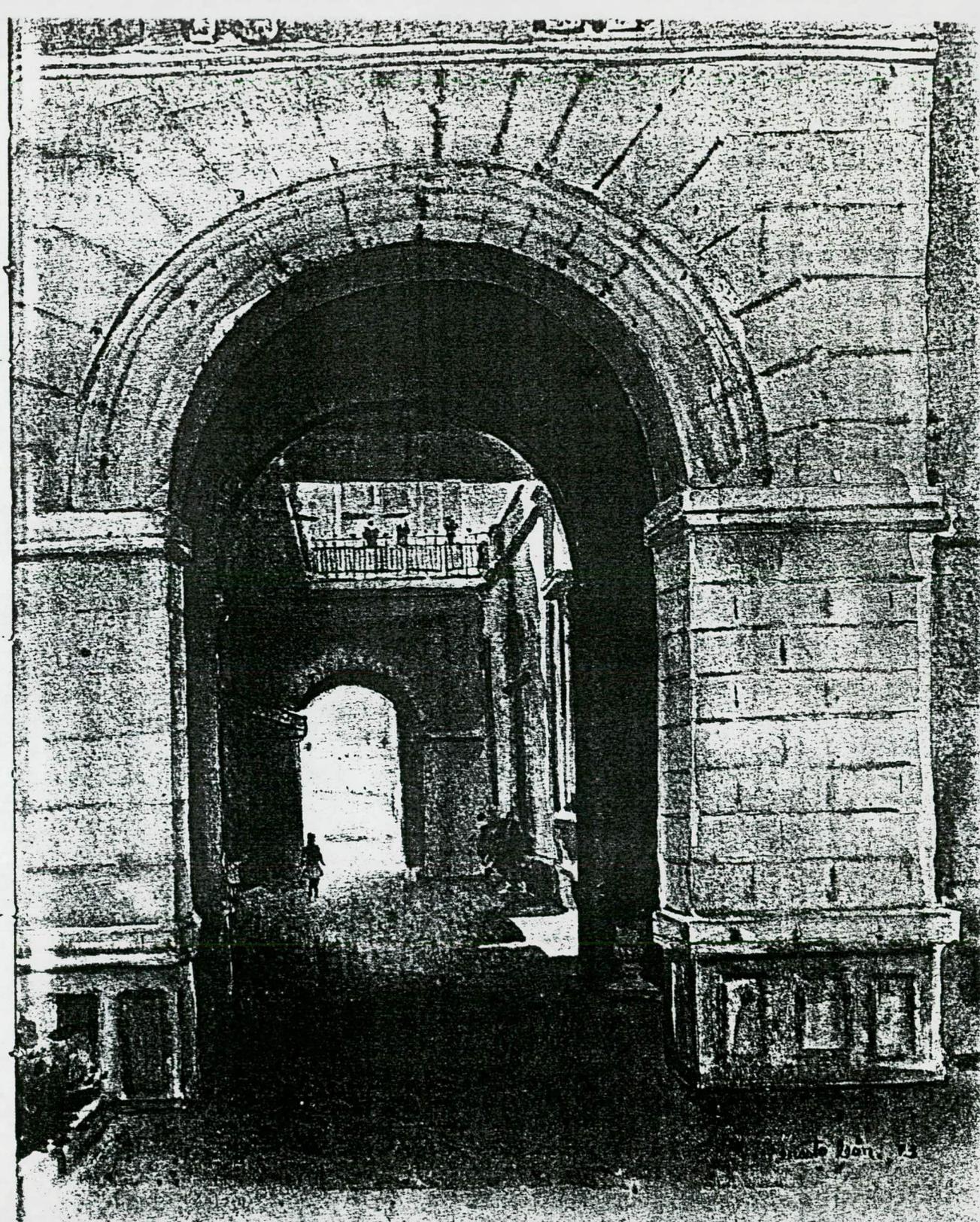
Pero la ciudad continuó en su crecer; creció en población, dejó la "cerrazón" que apartaba a los españoles y a los criollos de los indígenas relegados a barrios; empezó a producirse un mestizaje y un germen de la explosión demográfica que nos sería reservada para nuestros tiempos.

Y entonces fue otro virrey, don Antonio María de Bucareli y Ursúa, que gobernase entre 1771 y 1779, quien pensó en dotar a la ciudad de un nuevo paseo, que recibió por lo mismo su nombre, el Paseo de Bucareli.

La ciudad, que había tenido por eje original el centro ceremonial azteca y después la Plaza mayor del virreinato, había mudado su centro a la esquina de San Juan de Letrán, en cuanto la calzada de San Francisco, después llamada del Calvario y en nuestro tiempo Avenida Juárez, que hizo avanzar a la ciudad hacia el Poniente, ese eje acabaría por establecerse con el Paseo de Bucareli en este preciso sentido y en esta ubicación.

El Paseo de Bucareli aparece muy detalladamente en uno de los planos más hermosos que se han levantado y el más científico del México virreinal, el plano del coronel García Conde, de 1793, un plano en el que se puede apreciar cómo en esa época, era tardado ir al Paseo de Bucareli dada su lejanía.

He consultado a tres diferentes autoridades que se refieren al Paseo de Bucareli: don José María Marroqui, autor de un libro sobre la ciudad de México y sus calles, un sabio que don Artemio del Valle Arizpe describe como gordo y sudoroso, porque andaba tocando todas las puertas para que le enseñaran la escritura y tomara los datos de cuándo se hizo aquella



Nos dice que de la plaza de toros, ¿cuál plaza de toros?, la de Bucareli, nó, la del Paseo Nuevo; porque hubo dos: una en un extremo donde hoy se encuentra la Lotería Nacional y otra en el otro lado donde convergen Avenida Chapultepec y Bucareli; estas plazas de toros las vemos todavía en las litografías de Casimiro Castro.

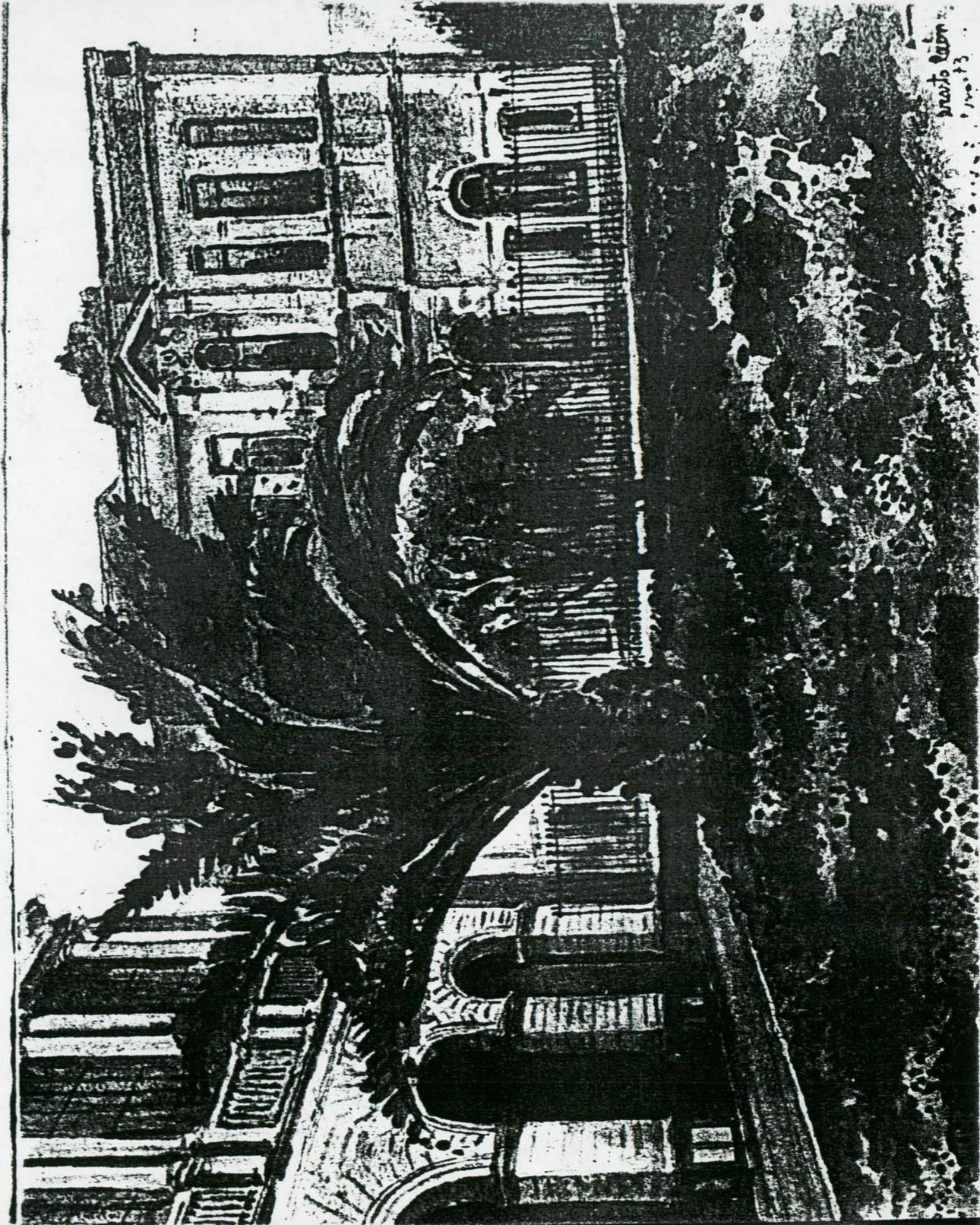
Por otra parte, nos dice Orozco y Berra lo siguiente: de la plaza de toros a la Garita de Belén, forma parte del Paseo, el tramo de Este a Oeste de la Acordada, a la estatua de América, que con manto y copilli alzaba la mano derecha mutilada y sostenía en la izquierda una tarja que decía: "Al 16 de Septiembre de 1810. El Ayuntamiento de 1830", y tenía símbolos; el despotismo, el fanatismo; todas esas cosas estuvieron en esta fuente que estaba donde después vendría a colocarse el Caballito.

La plaza de toros del Paseo Nuevo, tenía cupo para 10,000 espectadores y era propiedad de Vicente Pozo, se comenzó a construir el 18 de enero de 1851 y se inauguró el 25 de noviembre de ese mismo año, costó \$97,200.00 con seis reales y la derruyeron en 1890 por órdenes de don José Cevallos.

Por este rumbo, se veían en tiempos de Orozco y Berra casitas francesas, que integraban la colonia francesa o nueva Francia.

Después de la intervención, muchos franceses se quedaron aquí o se desparramaron en Jalisco; como los que se quedaron aquí, se agruparon, integraron la primera "colonia" en el sentido de "barrio" que se construyó en México, después los otros barrios que se fueron construyendo tomaron el nombre que se les ha quedado de "colonias". La colonia San Rafael, la colonia Juárez, la colonia Guerrero, todas estas colonias ignoran acaso que su nombre proviene de que la colonia francesa fue la primera en hacer su grupo de casas. Bueno, así pues, la colonia francesa, venía desde Revillagigedo hasta acá y ocupaba todo aquel lado de esta hoy Avenida de Bucareli.

Cerca de la fuente había una fábrica de gas, desde ahí se veía la Ciudadela, no había nada en medio que impidiera



una sola piedra y en el capitel 4 cabezas de leones labradas; las de la entrada tenían además de una a otra estas columnitas, unas hermosas cadenas de fierro; de ahí las pasaron del principio de Bucareli al final, a la salida hacia el Paseo de Asanza, quien fue un virrey posterior a Bucareli que pensó prolongar este paseo hacia la Piedad y a ese tramo se le llamó el Paseo de Asanza.

Al pasar allá, las cadenas de fierro y los postecitos, se los robaron, desaparecieron y ya no insistieron en poner cadenas.

Marroqui nos da en su relación una estadística interesante, nos dice que en el Paseo de Bucareli había cuatro hileras de árboles, 154 fresnos, 297 álamos, 425 sauces, etc. un total de 1,174 árboles, y, hecho curioso, no queda uno solo en el Paseo de Bucareli.

En 1828 sufrió el paseo su primera transformación: de la fuente antigua se quitaron la pirámide y las armas de la ciudad para colocar una bóveda, dentro de la cual había una águila y arriba una estatua de la libertad.

Ya en 1828, consumada la Independencia, nos quitábamos de fuentes y erigíamos monumentos a la Victoria y a la Independencia; no obstante, se construyó una nueva fuente a la entrada donde está ahora la estatua de Carlos IV, dedicada a don Guadalupe Victoria, nuestro primer presidente; nada más que la gente no le llamó la fuente de Guadalupe Victoria, sino de Victoria y como Victoria es femenino, pues acabó por decir *la fuente de la Victoria*, ya sin referencia a la señera figura de don Guadalupe. En los extremos de entrada y salida del paseo, se colocaron 4 columnas áticas con efebos que cargaban cestas floridas.

En 1882 se concesionó a don Agustín del Río y a Constantino Centeno, la venta de terrenos del Paseo de Bucareli. Debemos recordar que todos los terrenos, o cuando menos la mayor parte, pertenecían desde su origen al Ayuntamiento, a la ciudad México, como se llamaban a sí mismos con gran orgullo los regidores de los diversos ayuntamientos. Los señores se reunían en cabildo y ahí acordaban todas las providencias

necesarias a la buena marcha de la ciudad. Las actas de este cabildo son así fuente insustituible de información sobre la historia de la ciudad.

Pues bien, uno de los *proprios* de la ciudad, o sea de sus recursos, eran los terrenos que le habían sido asignados, el Ayuntamiento podía hacer con ellos lo que quisiera y habitualmente lo que hacían era alquilarlos a censo enfiteutico, como se dice, —creo que dicen los técnicos—, o bien los vendían.

Tenían tal necesidad de dinero los ayuntamientos, porque no estaba organizada de ninguna manera la cuestión de los impuestos, y los pobres ayuntamientos se tronaban los dedos para dar los servicios.

Por ejemplo, por eso está el Palacio de Hierro como pegado a un edificio oficial como es el Departamento del Distrito, porque desde un principio las casas de cabildo necesitaban dinero y alquilaban o vendían los terrenos y edificios de que disponían.

Entonces se establecieron tiendas y enfrente de la primitiva casa de cabildos, salieron los regidores a tomar posesión de aquel propio que les había sido asignado por el virrey a nombre del rey. El acto de la toma de posesión era muy pintoresco; un representante del Ayuntamiento salía, arrancaba hierba, pateaba, tiraba pedradas, hacía unos actos de dominio simbólicos y si nadie se le oponía, entonces aquello era declarado suyo. Era ésta una ceremonia muy especial que se verificaba frente a los portales de Mercaderes que conocemos y eso quedó ya en propiedad del Ayuntamiento, construyéndose ahí el famoso *Parián*, aquel célebre mercado que sólo vivió hasta que Santa Anna lo mandó derribar en 1844.

Bien, entonces esos terrenos aledaños a Bucareli eran propiedad del Ayuntamiento, según descripción de Marroqui y comprendían desde el ejido de la Acordada hasta la plaza de toros de la Garita de Belén; estos mismos puntos señala el historiador don Manuel Orozco y Berra.

Cuando entró Comonfort hubo un comelitón terrible en el Paseo de Bucareli, donde pusieron una mesa de 500 varas de largo. A las 4 de la tarde comenzó el banquete que era público y libre. Mesa libre para todos y había enorme toro asado encima de la mesa aquella gigantesca; pero cuando se lo iban a comer estaba descompuesto. Estaba como los chorizos de Veracruz. Ya no se lo podían comer.

Finalmente, la entrada de Juárez por la Garita de Belén y por el Paseo Nuevo de Bucareli, entrada que ha sido reproducida en las celebraciones del Benemérito; de Chapultepec vino a la Garita de Bucareli, porque no hay que olvidar que vamos a abandonar el Paseo de la Reforma por falta de tiempo, para seguir paseándonos por ahí.

Entonces Juárez estuvo en Chapultepec antes de entrar triunfalmente en la ciudad, pero vino a entrar por la Garita de Belén, por todo Bucareli, todo el Paseo de Bucareli hasta Patoni, que era como se llamaba esta esquina de Avenida Juárez y Corpus Christi, y San Francisco y Plateros y todo el resto del camino hacia el Palacio.

Alguno de estos comentaristas o historiadores, nos dice que era más transitado este Paseo de Bucareli hacia Tacubaya, mientras no hubo tranvías, pero ya que los hubo, ya no fue tan transitado.

Resumiendo: era el Paseo de Bucareli una calzada ancha y hermosa que corría de Norte a Sur; comenzaba en el ejido de la Acordada y terminaba en la Garita de Belén. Cuatro hileras de árboles formaban el paseo; eran éstos, arbustos copulados y fragantes.

Junto al Caballito la famosa plaza de toros del Paseo, donde toreros de fama enardecieron al público de entonces; hacia el Oriente de la plaza se ve el sombrío edificio de la Acordada. A continuación el Hospicio de Pobres y nuestra Alameda frondosa y florida; a su derecha sale una calzada llamada de Reforma; hacia el Sur, vemos los arcos del acueducto que viene de Chapultepec y lejos, la serranía del Ajusco;

hacia el Oriente la mole gris de la Ciudadela. Llegados al acueducto que termina el paseo, tenemos que pasar por la Garita de Belén, con sus cinco grandes puertas por las que sale el camino de Chapultepec; aquí estuvo la primera estación foránea del ferrocarril que llegaba ya hasta Tacubaya. La estación, el acueducto y la garita, forman una plazuela donde hay animación y mercado, muchachas que esperan el transporte del día de campo, se venden pollos, quesos, pan y fruta, se comen enchiladas mexicanas y se toma un "tornillo" de ese rico pulque que viene de Apam. Tal es la imagen que presenta el Paseo de Bucareli hacia la década de 1860 a 1870, y no podemos menos que recordar aquella descripción que la señora Calderón de la Barca nos transmite del Paseo de Bucareli en el año de 1840 en que nos dice que: "por las tardes, pero especialmente los domingos y días de fiesta, se pueden ver dos largas filas de carruajes llenos de señoras, porción de jinetes que cabalgan en el espacio central comprendido entre las dos mencionadas filas de coches, además de multitud de gente ordinaria".

Hermosos en su mayor parte son los carruajes, unos europeos con espléndidos caballos y libreas curiosas; otros contruidos en el país a la vieja usanza mexicana, recargada de molduras. . . agrega la señora Calderón de la Barca. . . "es brillante en grado sumo el espectáculo, montados en sus garridos cuacos y luciendo el traje de charro los jinetes parece que no advirtieran a las damas cuando pasan, puesto que rara vez las saludan y entran en conversación con ellas, saben perfectamente, sin embargo, a quién pertenece cada coche y no ignoran por ende, cuándo es oportuno hacer caracolear a los corceles y realzar su dominio en las artes de la equitación".

"Cuando los coches han dado dos o tres vueltas, se detienen fuera del camino y ahí las damas dulcemente reclinadas en sus cojines, miran a los demás pasar, salen entonces de los carruajes grandes espirales de humo, y es que las damas ya están fumando".

la vista y había zanjas por todos lados y a la derecha estaba el paseo; se daban también aquí "espectáculos gratis" como en la Alameda, se hacían fusilamientos y ajusticiamientos antes de la Constitución de 1857.

Rivera Cambas nos dice: pasos más allá de la Acordada están los dos paseos de Bucareli y de la Reforma, el primero estuvo abandonado por sucio, hasta 1852, fecha de la instalación de la estatua de Carlos IV en su glorieta; comenzaron entonces a construirse risueñas casitas de campo y la alberca "Pane" —no creo que nadie de ustedes haya conocido la alberca Pane—, sus papás, quizás; sus abuelitos fueron a nadar allá, a hacer fibra.

Quedaba, bueno, frente a la glorieta de Colón, donde está digamos el Fiesta Palace, por ese rumbo quedaba la alberca Pane, de un señor Pane, que quedaba en consecuencia, entre los dos paseos, entre el Paseo de la Reforma y el Paseo de Bucareli.

Sucesos históricos importantes ocurridos en este paseo.

El 29 de octubre de 1810, en esta avenida, en este paseo, acamparon las tropas realistas. 2,000 hombres en espera del resultado de la batalla del Monte de las Cruces. Si Hidalgo no le hubiera "alzado pelo" como decimos, pues estos realistas hubieran tenido que correr por Bucareli y tener su noche triste, pero se abstuvo el padre Hidalgo y estos señores regresaron a sus cuarteles sin que pasara mayor cosa.

Comonfort que venía de Puebla, el 3 de abril de 1856, tuvo una entrada celebrada con toros en el Paseo Nuevo, seguramente aquí, en donde están ahora la casas del Buen Tono, que era la otra plaza de toros que tenían ustedes aquí.

Cerca de aquí, de este edificio, había en cambio los caballos, los animales de tracción de los Ferrocarriles del Distrito. Aquí estaban.

“Por años y años seguiría en auge el Paseo de Bucareli; gózase ahí —consigna Marcos Arroniz en 1857— del aire libre, de una vista pintoresca al Occidente que toma brillantes colores a la caída del sol”.

Es precisamente esto, lo que pudiendo prolongar el esplendor del paseo no logra sin embargo vencer a la moda; y la moda ordena preferencia por el Paseo de la Reforma.

Desatendido el Paseo de Bucareli por el Ayuntamiento y abandonado por el público, fue declinando, al fin, como ya mencionamos, y aquí entra el negocio; el Ayuntamiento otorga en concesión a los particulares las fajas de terreno situadas a un lado y otro del Paseo, para que se edifique en ellas.

Falta, para referirnos en forma directa al edificio que ocupa la Secretaría de Gobernación, aportar algunos datos respecto a lo que fueron los comienzos y aconteceres de la vida cotidiana de la colonia Juárez de nuestra capital, a la cual se encuentra ligada la ubicación de este edificio. La colonia Juárez tenemos que convenir que tiene un singular historial que se ofrece a nosotros cuando hablamos de ciertos detalles, tipos, edificios y costumbres del lugar.

Hubo en cierta época, preciosa para nosotros, un edificio que constituía la alegría de los habitantes de México, me refiero a las ya mencionadas “albercas Pane”.

Los cosos taurinos contribuyeron con mucho, también a hacer de este lugar, un centro de recreo. “La Plaza de Bucareli”, construida de madera, era a finales del siglo xix y principios del xx una de las favoritas. En ese coso taurino propiedad del famoso espada de aquellos tiempos, Ponciano Díaz, se hicieron entre otros matadores célebres: Juan Jiménez, “el Exijano”; Diego Prieto, “Cuatro Dedos”; Joaquín Navarro, “Quinito”; Juan Ruiz, “Lagartija” y el célebre banderillero Enrique Merino, así como el picador de toros Santiago Gil, “Pimienta”.

— **T** Uno de los más suntuosos edificios que se levantó al iniciarse lo que habría de ser la colonia Roma, fue “el Palacio



Cobián”, enorme edificio que tiene entrada por Bucareli y también por la tercera de Abraham González.

La elegante mansión del acaudalado español señor Feliciano Cobián, llamaba poderosamente la atención de todos los que en aquel entonces estaban acostumbrados a mirar como cosa grandiosa, los edificios de la “Esmeralda” y “El Palacio de Hierro”, todas ellas de indudable influencia afrancesada en su construcción.

A los pocos años después, el Palacio Cobián debería dejar de ser la mansión de aquel comerciante para convertirse en la Secretaría de Gobernación; y cuyos antecedentes históricos citaremos ya más detallados un poco más adelante de nuestra plática.

Es indudable que la compra de los terrenos y la construcción del Palacio de Cobián, con su magnificencia influyó en que posteriormente al venderse los demás lotes se fueran construyendo casas, mansiones fastuosas como las que ya mencionamos.

En la tercera calle de Abraham González y precisamente frente a la otra salida que tiene el edificio de Gobernación, se construyó otra casa elegante que sirvió de base para otras muchas que iban construyéndose. Conviene hacer mención que el primitivo nombre de las que ahora son calles de Abraham González, fue el de calles de José Ives Limantour, entonces Secretario de Hacienda; al triunfo de la Revolución, se les quitó ese nombre y más tarde se les puso el del gobernador de Chihuahua, asesinado por mandato del traidor Victoriano Huerta.

En la primera calle de Lucerna, aquí cerca, en el número 7 de entonces, vivió nada menos que el maestro don Justo Sierra cuando era Secretario de Educación Pública.

En lo que ahora son tercera calle de Abraham González, segunda de Atenas y segunda de Versailles, hasta llegar donde están ahora las calles de Milán y Lisboa, era un llano en el que los domingos se organizaban bailes al aire libre; se instalaban puestos con “fritangas” y se servían platillos nacionales.

Era domingo a domingo una especie de verbena, tanto que de todos los sectores sociales, la gente gustaba de ir a pasearse ahí algunas horas y comer aquellos guisos netamente nacionales.

En esos mismos terrenos, don Joaquín de la Cantolla y Rico, el año de 1889, mandó poner su horno para inflar su globo "El Vulcano", ya lleno de parches en aquel entonces, llevó sin embargo a cabo una ascensión.

Cuántos recuerdos en torno a las "pintas" que se hacían en la alberca "Pane" de los colegios de don Joaquín Noreña, el Groso, el Cervantes. Bien merece que se hable de la alberca Pane, de aquél su fondo de azulejos, del trampolín y del reloj desde donde, en los días de San Juan, echábase el famoso "Colorado", buen nadador de aquella época.

El día de San Juan, 24 de junio, qué de visitantes tenía la alberca Pane; los trenes tirados por mulas, partían de la primera calle de San Ramón, (ahora de Uruguay) y por veinticinco centavos había derecho a ser llevado al establecimiento de los rumbos de Bucareli, con derecho a entrar a la alberca, a un jabón y también al regreso en aquellos tranvías; esta fiesta se repetía el día 29 del mismo mes, "día de San Pedro", en que los visitantes también se contaban por cientos.

El célebre "Colorado", entonces se echaba desde el reloj, lo más alto que había y como detalle se comía sumergido en el agua "una enchilada"; época aquella en que los muchachos entraban con botes de hoja de lata que les permitían nadar y que eran a manera de salvavidas; bellas muchachas desde la parte alta de los corredores les arrojaban flores y les aplaudían a los mejores "tiburones".

Y a la salida, en el atardecer, con un apetito colosal derivado del ejercicio, se ofrecía a la vista de los paseantes, entre otras muchas cosas, un platillo con mole de guajolote por \$0.12 centavos; si la economía era raquítica, entonces se podía uno comer "los guajolotes", grandes pambazos que tenían una enchilada sustanciosa, por \$0.03 centavos cada una; y si se ponía un blanquillo al gusto, entonces eran \$0.06 centavos.

Todo era alboroto en aquellos llanos; la animación data principio desde las 5 de la mañana.

Hombres notables han vivido en esta colonia. En un edificio de las calles de Liverpool habitó don Francisco I. Madero, y en el número 83 de la calle de Lucerna el licenciado don José María Pino Suárez.

Sería prolijo continuar con estos antecedentes, que baste y sobre con lo que se ha dicho.

Así pues, en notable lugar se encuentra ubicado el edificio de la Secretaría de Gobernación, en el Palacio de Cobián. El excelentísimo señor Guilt, llegó el 14 de septiembre de 1910 al frente de la Delegación Norteamericana, que venía a las fiestas del centenario del Grito de Independencia, y la memoria de la ceremonia celebrada en 1910, incluye la descripción de la llegada de los grandes embajadores y su alojamiento, así, unos se alojan en la casa del señor Escandón o del señor Braniff o de los grandes de entonces y el señor Guilt, se alojó en el Palacio de Cobián, adquirido —dice ya esta fuente— por el Gobierno, para la Secretaría de Gobernación.

Los antecedentes de este magnífico edificio que nos ocupa, construido por el ingeniero civil R. G. y S. Facio, nos revelan que el predio en que se encuentra asentado, se registró por primera vez como una fracción del terreno denominado "Pontrero de la Candelaria Atlampa", ubicado al Poniente del callejón de la calzada de Bucareli, con superficie total de 543 varas cuadradas que resultan de 22 varas que vienen de Sur a Norte, por 15 Oriente y Poniente y cuyos linderos al Norte y Poniente eran los terrenos de los vendedores; por el Oriente con la franja de la calzada antes nombrada y por el Sur con la casa de don Mariano Tolsá, en cuyo honor hay una calle aquí próxima y que tantas cosas hizo por la ciudad de México y que poco después fue depósito de la Compañía de Tranvías del Distrito Federal.

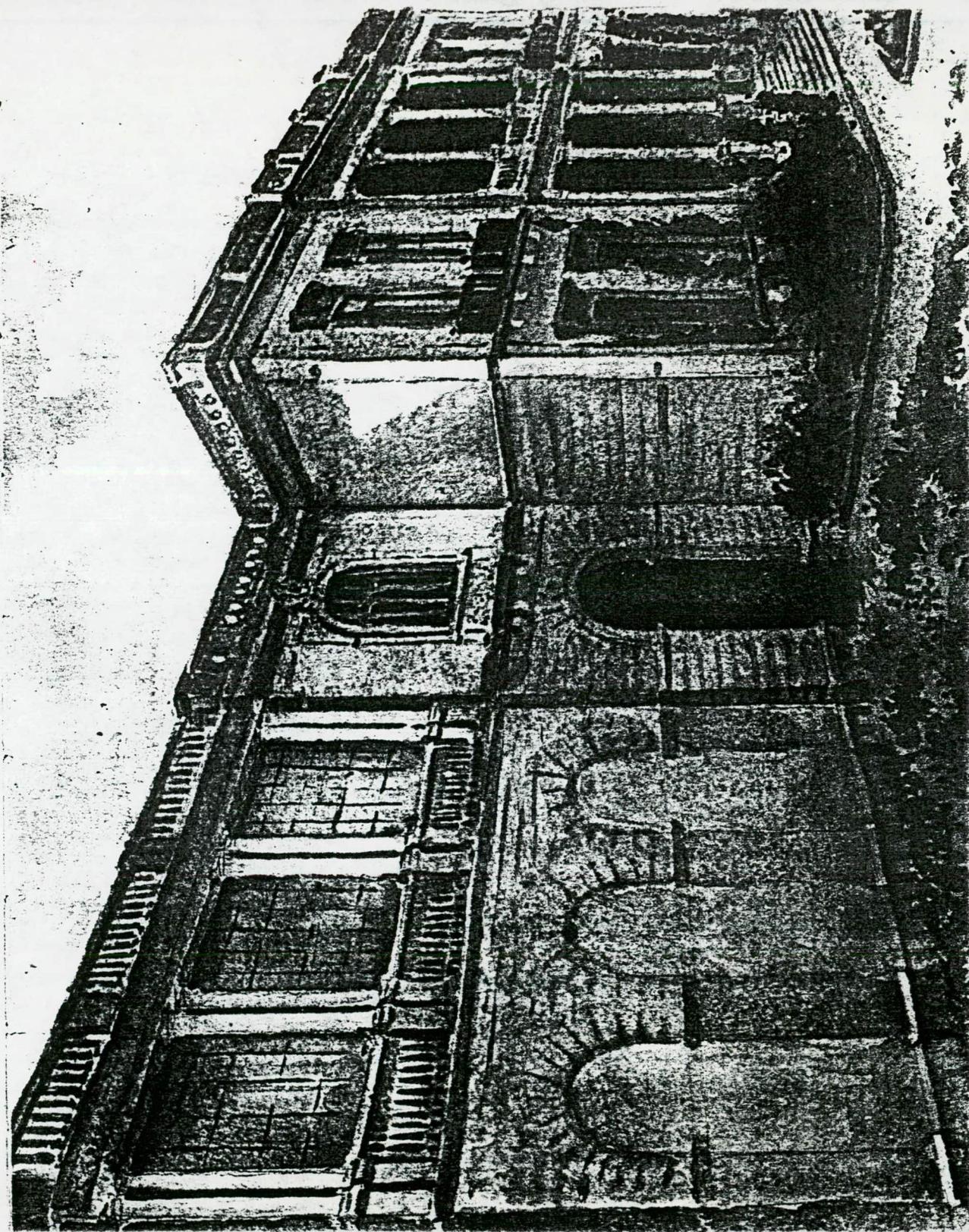
Pero son diversos los acontecimientos y hechos que afectan el destino de los hombres y sus cosas, así que cuando los seño-

res Castro Centeno y Agustín del Río recibieron la concesión por el Ayuntamiento de la ciudad para la venta de terrenos del rumbo de la calzada de Bucareli, vendieron a la señora Nicolasa Díaz de Borges algunos terrenos aledaños, realizándose la venta el 18 de noviembre de 1887, según certificaron los Notarios Arce y Vicente Velasco, fijándose el precio en \$200.00, mismos que se vieron acrecentados cuando por contrato privado de 20 de agosto de 1887 José Ives Limantour y Julio Maturino Limantour, venden a doña Nicolasa Díaz de Borges probablemente parte del terreno que hoy ocupa la Secretaría de Gobernación y es curioso resaltar que en esta operación intervienen por una parte, aquél a quien se reputó como jefe del Partido Científico, sostenedor ideológico de la dictadura porfirista y por la otra, una hermana del general Porfirio Díaz.

Aumentando en sus dimensiones, una nueva traslación de dominio tuvo lugar en noviembre 22 de 1895, al fallecer intestada doña Nicolasa viuda de Borges y el patrimonio del "decejus" lo adquiere por adjudicación Luz Díaz, sobrina de aquélla, que por ser menor de edad y encontrarse bajo la patria potestad, es representada por su padre el general Porfirio Díaz. El predio que nos ocupa, dividido en dos porciones, fue valuado parcialmente en esa ocasión en la cantidad de \$1,428.00 cada una.

Después hubieron de transcurrir algunos años para que el predio cambiara de propietario y Luz Díaz Rincón Gallardo vende en \$10,000.00 a Porfirio Díaz hijo, las dos porciones del terreno cuya superficie se estimó en 604 m²., dicha operación celebrada ante el Notario Gil Mariano León, fue asentada en el Registro Público de la Propiedad con fecha 24 de abril de 1902. El bien rústico objeto de nuestra charla, continúa pues, dentro del seno patrimonial de la familia del dictador.

Posteriormente, por operación de compra-venta realizada el 20 de febrero de 1903, Porfirio Díaz hijo, enajena la manzana 23, del cuartel octavo de la cuarta calle de Bucareli o calle Sur 12, que también así se llamaba, en la cantidad de



\$81,000.00 al señor Mariano Yáñez; la finca resentía un gravamen de \$20,000.00 a favor del señor Félix Cuevas.

Por una serie de operaciones celebradas en los inicios de este siglo, en que la casa de Tolsá, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles del Distrito Federal, es adquirida por el señor Roberto G. Kirckland, según registro de diciembre de 1903 en \$71,056.00, quien a su vez la vende a Feliciano Cobián en el precio de \$83,080.92, según operación certificada por el Notario Manuel M. Chavero; así como que Mariano Yáñez la dio en permuta; valuada en \$120,000.00, a Eduardo Viñas y éste a su vez vende a Feliciano Cobián en \$90,000.00, según consta en registro de noviembre 24 de 1906, la finca que se identifica con la ubicación que actualmente tiene el predio en que se encuentra asentada la Secretaría y que se valuó en \$120,000.00. Por esta secuencia de enajenaciones, no es aventurado afirmar que el terreno de referencia se vio notablemente acrecentado, adquiriendo posiblemente las dimensiones que actualmente le corresponden. También podemos percatarnos del porqué le ha quedado como antecedente inmediato, la denominación de "Antiguo Palacio de Cobián", ya que siendo Feliciano Cobián, comerciante renombrado en la época, apegado a los usos y costumbres de la pompa y lujo del porfiriato, no puede sorprendernos el que disfrutara esta mansión de finas líneas arquitectónicas, en que se aprecia el confort, amplitud, belleza y boato de las grandes mansiones de aquella época, que era muy usual que estuvieran ornadas con vitrales, muebles y cortinajes traídos de los más diversos rincones del orbe.

Don Feliciano Cobián trasmite la propiedad y vende a Gabriel Fernández Somellera en el precio de \$860,000.00, en el año de 1908, la finca ubicada en el cuartel octavo y que, no obstante que ostenta varios números, linda al Oriente con la calle de su ubicación (Bucareli), al Norte con calle privada y terrenos de los señores Limantour, al Sur con la calle de General Prim y por el Poniente con la 3a. calle de Limantour.

Es notablemente complicado encontrar los eslabones que unen las cadenas que integran y dan sentido a la existencia

y porvenir de las cosas humanas, por ello es que, cuando Gabriel Fernández Somellera vende al Gobierno Federal en la cantidad de \$390,000.00, representa al Gobierno en dicha operación Javier Arrangoiz, Tesorero General de la Federación, otorgándose la escritura de la propiedad el día 23 de junio de 1910, ante quien es una de las glorias más brillantes de los estudios jurídicos de México, el insigne maestro universitario emérito, Notario en aquella época, Manuel Borja Soriano.

Hoy, no es ya Bucareli aquel lugar sombroso y placentero de los paseos por el campo, que hemos descrito, ahora es una arteria citadina, típica de nuestro tiempo, ruidosa y profusamente transitada; en ella han encontrado ubicación comercios y oficinas, diarios y restaurantes, cines y librerías y toda la gama de establecimientos que reflejan lo complejo de las actividades modernas, y que caracterizan a una gran avenida; pero de este complejo, se distingue como un haz de luz que brilla y trabaja para el beneficio de la colectividad mexicana, un organismo vivo, actuante, LA SECRETARIA DE GOBERNACION, a la que ha tocado como domicilio, un rumbo de nuestra ciudad de innegable tradición e historia ¡el Paseo de Bucareli!

Bueno, señores, ha sido una plática deshilvanada. Yo generalmente tengo el mismo, o más o menos el mismo auditorio en el Museo de la Ciudad; ya tengo caras conocidas, pero ahora me ha inhibido un poco, pues la respetabilidad de los funcionarios elevados que me hicieron el honor de venir a presidir, quede el testimonio de mi agradecimiento por haber sido invitado; me permito felicitarles por esta idea de los Sábados Culturales, por habitar una casa de tanta tradición en una calle tan apacible como el Paseo de Bucareli y reiterar mi agradecimiento a ustedes por su atención y al licenciado Moya Palencia por su presencia.

Muchas gracias.

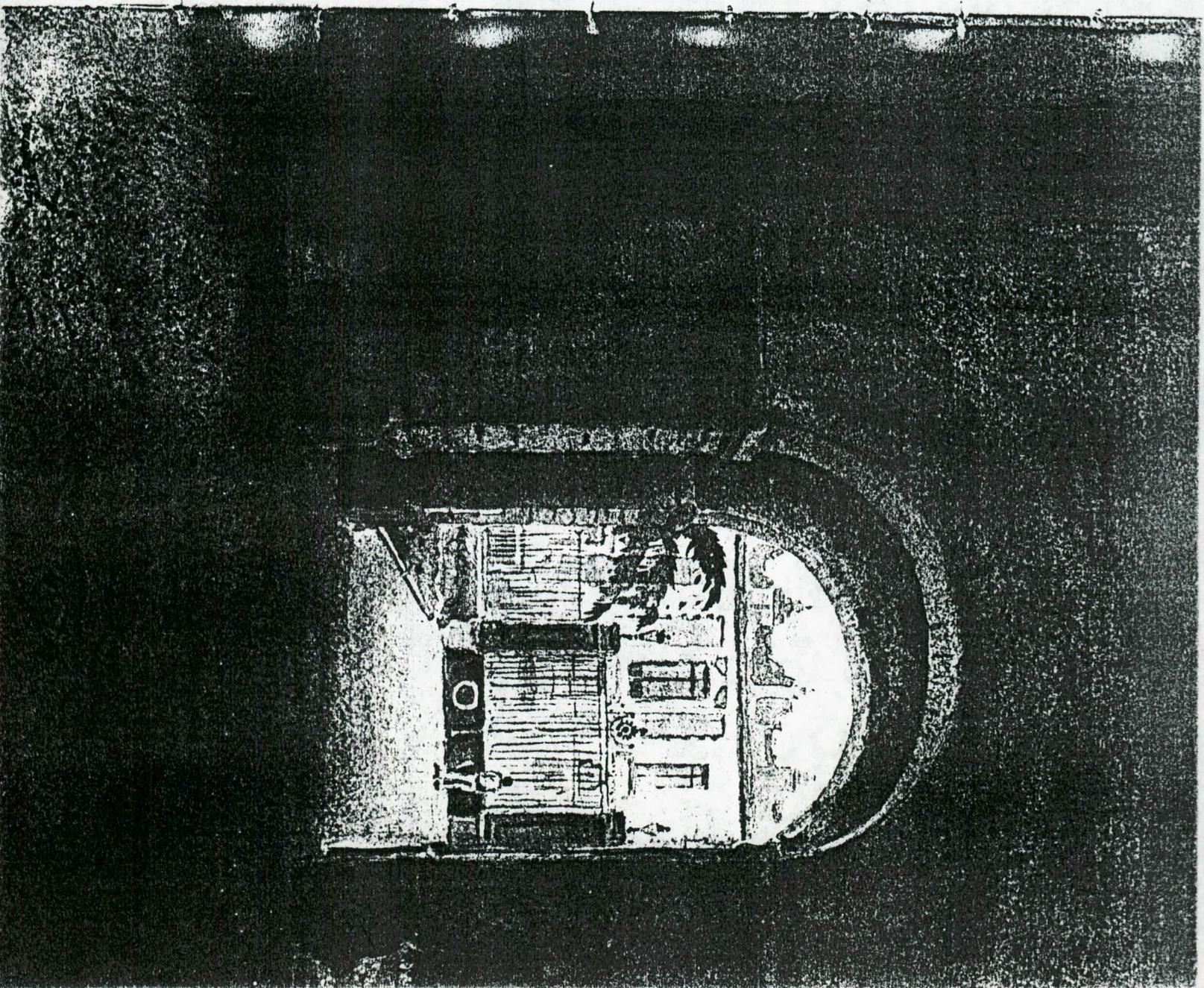
PALABRAS DE AGRADECIMIENTO AL SEÑOR SALVADOR NOVO POR EL SEÑOR LICENCIADO MARIO MOYA PALENCIA, SECRETARIO DE GOBERNACION.

Somos nosotros, maestro Novo, los que le agradecemos a usted que haya querido convertir el Salón Juárez de la Secretaría de Gobernación, en una aula, para que sus funcionarios y empleados abreváramos en la fuente prístina del Cronista de la Ciudad tantos episodios que hemos rememorado hoy, y conociéramos aunque sea a vuela pluma la historia de este edificio, cuya dignidad arquitectónica nos estamos esforzando en rescatar.

Es muy grato saber que el esfuerzo que hoy realiza la República en este lugar, tiene asiento en un edificio que pasó por manos tan disímolas e incluso por las del hijo del dictador que la Revolución Mexicana derrocó.

Esto quiere decir, que la historia está hecha de contradicciones, pero que las contradicciones son las que dan sentido final a la trayectoria de un pueblo, puesto que hoy aquí se lucha precisamente por los ideales de renovación política, de desarrollo económico y de justicia social que inspira el creador de los Sábados Culturales, que es el Presidente Luis Echeverría.

Le agradecemos nuevamente su atención, su generosa y humorística sabiduría y creo que este antiguo Palacio de Cobián, este Bucareli 99, va a tener entre sus fastos históricos uno más, que aquí dio una espléndida plática el Cronista de la Ciudad, Salvador Novo.



C. LIC. MARIO MOYA PALENCIA
SECRETARIO DE GOBERNACION

C. LIC. FERNANDO ROJO REYES
Secretario Particular

C. LIC. SERGIO GARCIA RAMIREZ
SUBSECRETARIO

C. LIC. CARLOS PEREDO MERLO
Secretario Particular

C. FERNANDO GUTIERREZ BARRIOS
SUBSECRETARIO

C. LIC. ANTONIO ZORRILLA
Secretario Particular

C. LIC. MANUEL IBARRA HERRERA
OFICIAL MAYOR

C. LIC. TEÓDULO ANGELES ZURITA
Secretario Particular

C. LIC. MANUEL BARTLETT
Director General de Gobierno

C. LIC. ENRIQUE MENDOZA M.
Director General de Información

C. LIC. HIRAM GARCÍA BORJA
Director General de Cinematografía

C. DR. FRANCISCO NÚÑEZ CHÁVEZ
Director General de Servicios Coordinados de Prevención y Readaptación Social

C. LIC. AGUSTÍN AVILA JAUFFRED
Director General de Población

C. LIC. JORGE A. VÁZQUEZ ROBLES
Director General de Investigaciones Políticas y Sociales

C. CAP. LUIS DE LA BARREDA MORENO
Director Federal de Seguridad

C. LIC. FAUSTO VILLAGÓMEZ CABRERA
Director del Registro Nacional de Electores

C. LIC. ARTURO RUIZ DE CHÁVEZ
Director General de Asuntos Jurídicos

C. LIC. J. CARLOS OSORIO R.
Director General de Administración

C. PROF. IGNACIO RUBIO MAÑÉ
Director del Archivo General de la Nación

C. LIC. SALVADOR AZUELA
Vocal Ejecutivo del Instituto Nacional de
Estudios Históricos de la Revolución Mexicana